

Historias de Nueva York

Elizabeth
Hardwick

Historias
de Nueva York

Traducción de **Rebeca García Nieto**

Navona

Primera edición

Junio de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Imagen de la cubierta Beverly Brown

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-86-9

Depósito legal B 3921-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *The New York Stories*

© Estate of Elizabeth Hardwick, 2010, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

© de la traducción: Rebeca García Nieto, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

Las tentaciones del doctor Hoffmann	9
Tardes en casa	35
Sí y no	51
El dilema final	59
Un amor de temporada	83
El roble y el hacha	107
La sociedad sin clases	135
La compra	169
Ciudad a través	203
El librero	217
Ejemplares pasados	239
Al caer la tarde	261
Disparo: una historia de Nueva York	279

Las tentaciones del doctor Hoffmann

Llevaba ya algún tiempo viviendo en el mismo edificio de Riverside Drive que el doctor Felix Hoffmann y su esposa antes de conocerlos en persona. Sabía de él por ser uno de los teólogos protestantes alemanes más destacados y cuando vi su nombre en uno de los buzones sentí una gran curiosidad. De no haber trabado amistad con esta familia, creo que ese invierno en Nueva York habría sido insoportable, ya que vivía en condiciones que a menudo me parecían prácticamente inhóspitas. Por una cuestión económica, había alquilado una habitación en una de esas cooperativas de viviendas en las inmediaciones de la Universidad de Columbia en las que viven muchas mujeres, la mayoría de las cuales superan con creces la mediana edad. El lugar estaba limpio y hubo un tiempo en que fue un elegante apartamento familiar con una buena vista del río, pero la mayor parte de las señoras que vivían allí estaban muy enfadadas y tenían una habilidad natural para dividir y crear campos de batalla en relación con temas tan ridículos como el hecho de contestar el teléfono, por lo que a veces se veían envueltas en disputas de lo más inquietantes en el pasillo. Me deprimían bastante, pues estaban solas y ociosas, y, como todas me parecían patéticas por igual, me decanté por una ligera falta de escrúpulos que me llevó a tratar de estar de los dos lados en sus discusiones. Esto resultó ser desastroso, pues cada bando le contaba al

otro lo que yo había dicho y a veces temblaba por miedo a las represalias cuando metía la llave en la cerradura. Además, el lugar era bastante malo para mis estudios. Si hubiera tenido el valor de ignorar a estas señoras, me podría haber ido mucho mejor, pero aunque seguía diciéndome a mí misma que la arrogancia era con mucho más honesta que la amistad hipócrita que había adoptado, me hallaba comprometida de un modo irrevocable con esta última. Fue muy mala idea, porque hizo mucho frío aquel invierno y con frecuencia me quedaba en la biblioteca más tiempo del que deseaba en vez de volver a casa y hacer frente a mis «amigas». Mi vida social, si podía llamarse así, transcurría en *drugstores*,¹ donde bebía tantas tazas de café que estaba con una sensación de mareo constante.

Viviendo en ese ambiente, tal vez no sea sorprendente que viera con buenos ojos conocer a alguna otra persona en el edificio y que considerara el hogar de los Hoffmann como un lugar de enorme atractivo. Conocí al doctor por casualidad. Un día, mientras entraba en el edificio, oí que decían mi nombre. Al girarme me encontré con un joven de Kentucky que estaba estudiando en el seminario teológico donde el doctor Hoffmann daba clase. Sabía que este amigo estaba en Nueva York, pero no habíamos hecho ningún esfuerzo para vernos porque en Kentucky no habíamos sido precisamente compatibles. En la universidad, era un joven controlador y mojigato que nunca se había distinguido en nada, salvo como capitán

¹ Hasta los años setenta, en las farmacias no solo se vendían objetos de todo tipo, además de fármacos, sino que era habitual que también tuvieran cafetería o restaurante. Muchos *drugstores* estaban abiertos las veinticuatro horas. (*N. de la T.*)

del equipo de debate, en cuyo foro presentaba argumentos vigorosos sobre temas inofensivos. Además, era miembro de la Iglesia presbiteriana a la que pertenecía mi familia, y yo solía impacientarme con los relatos de mi madre sobre su brillantez en la catequesis y la corrección con que representaba a nuestros jóvenes en el Congreso Vacacional de Estudio de la Biblia que se celebra en Carolina del Norte todos los veranos. Siempre que lo tildaba de tonto, mi madre mantenía que no me gustaba porque él no iba *rápido*, como los otros jóvenes de la ciudad. No había duda de que no era muy vivaz, pero eso era una mera elección personal, pues la Iglesia era muy laxa en lo que respecta a los asuntos sociales y se enorgullecía, pensaba yo, de ser demasiado sofisticada como para condenar las carreras de caballos desde el púlpito o de que fuese más probable que fuera el último libro de Lloyd C. Douglas, y no el fuego del infierno y la condenación eterna, lo que suscitara la verborrea del pastor. Nosotros dejábamos la descripción gráfica de las consecuencias de la enemistad con Dios a los vulgares baptistas.

Vi inmediatamente que el joven de Kentucky no había cambiado mucho, aunque se había vuelto un poco más sosegado y cohibido. Hablaba con suma cautela y siempre parecía estar buscando en su mente algún sinsentido epigramático que lo liberase de la obligación de perseguir cualquier pensamiento más allá de dos frases, a menos que fuese él mismo el que hubiera orquestado el giro en la conversación. Sus intentos de ser ingenioso siempre habían resultado forzados y ahora se había convertido en una de esas personas aburridas que cuentan anécdotas sobre personajes históricos. Apenas podía hacer una afirmación sin que me interrumpiera para repetir

lo que Mark Twain, Will Rogers o G. K. Chesterton habían dicho sobre un tema similar.

Fue este amigo el que me pidió que fuera a la casa del doctor Hoffmann a una especie de jornada de puertas abiertas que en ocasiones el doctor celebraba para los estudiantes. No era reacia a pasarme por casa de mis vecinos, especialmente dado que se trataba de un asunto muy informal y no era necesario tener invitación, pero me sorprendió que mi amigo estuviera deseoso de que lo acompañara. Durante el transcurso de la tarde llegué a la conclusión de que había caído bajo el influjo del doctor Hoffmann y quería hacerme saber que, de algún modo, había modificado sus opiniones sobre algunos de los temas que nos habían separado en la universidad. Parecía hacer un gran esfuerzo para hablar lo bastante alto como para que le escuchase decir que pensaba que los negros eran tratados de un modo vergonzoso en el Sur, y en un momento dado incluso me atrajo a su lado y afirmó que tal vez no estábamos tan separados ahora, ya que se consideraba un socialista cristiano. Pero seguía siendo tan aburrido como siempre y yo sospechaba que no era más popular en la escuela teológica de lo que lo había sido en nuestro pueblo.

Gracias a un amigo que lo había tenido como profesor en Alemania, y que lo admiraba en demasía, había leído algunos de los textos del doctor Hoffmann y estaba deseosa de verlo. Desde el principio lo tuve por una figura bastante romántica y supongo que en cierto modo exageré la singularidad de su forma de ser. Más que cualquier otra cosa me preguntaba cómo podía aguantar a sus alumnos. El doctor Hoffmann tenía una intensa actividad política juvenil a sus espaldas; había sido expulsado de su país natal y en América había llegado

a ser considerado como una especie de representación simbólica de las potenciales virtudes del carácter alemán. Su filosofía era una mezcla de desesperación cristiana —era famoso por una interpretación del pecado original— e idealismo político, pero no me era posible entender ninguna de las dos posiciones por sí mismas sin tener en cuenta su creencia en Cristo como realidad última. Los alumnos, por otro lado, eran chicos normales que más tarde ocuparían los púlpitos presbiterianos de toda América y parecían tan alejados de la clase de violencia que el doctor Hoffmann había conocido como de las misteriosas profundidades que su teología a veces alcanzaba. Pensé, mirando a los chicos, que nunca había visto un grupo de gente más sana y animada. Rebosaban energía y confianza en sí mismos, una condición sin duda debida a su falta de disipación, pero que me parecía temeraria, ya que todos aceptaban que, independientemente de sus buenas obras, podían estar predestinados al castigo eterno de un modo arbitrario.

Físicamente, el doctor Hoffmann tenía un aspecto bastante distinto cada vez que lo miraba. Al principio solo había notado que parecía un poco corpulento, el típico hombre de familia, serio, dejado y algo gris. Después —tal vez por la impresión cambiante en su rostro— me impresionó su encanto juvenil, al que no le faltaba, por momentos, un aire de aburrimiento educado y paciente. Sus alumnos lo halagaban abiertamente y era evidente que él disfrutaba de esta atención, pese a que es posible que no se la tomara muy en serio. No creo que se viera a sí mismo como un hombre relevante; unas pocas veces, cuando estaba relajado y al margen de la conversación, dejó entrever sin querer un lado más abatido de su ca-

rácter, como si estuviera preocupado por alguna cuestión. El apartamento de los Hoffmann era agradable y al mismo tiempo nada del otro mundo. Había tantos libros, periódicos y revistas por todas partes que el salón tenía un aspecto descuidado, lo que, junto a todo lo demás, hacía que una se sintiera cómoda. Al hablar con la señora Hoffmann, me pareció una mujer cordial con pinta de inteligente, aunque arrogantemente antiintelectual. Era, en todos los sentidos, tan afable como convencional. La única queja contra el destino que consideraba apropiado mencionar era una sinusitis que había hecho que su vida en Nueva York fuera menos gratificante de lo que, de lo contrario, podía haber sido. Al final de la tarde, apareció la hija de los Hoffmann. Tenía unos quince años y sus padres la llamaban Elsa pese a que ella se refería a sí misma como *Elsie*, probablemente porque el primero sonaba demasiado alemán. Antes de que la velada llegara a su fin, el doctor Hoffmann y su mujer ya sabían que yo era su vecina y ambos me pidieron que los visitase cuando me apeteciera. Parecían completamente sinceros en su deseo de verme y estaba segura de que llegaríamos a conocernos mejor.

Cuando me fui, el joven de Kentucky me dijo, con un incomprensible deje de orgullo, que el doctor y la señora Hoffmann eran la pareja más increíble que había conocido en la vida. Su principal razón para pensar esto, aparte de su admiración por el doctor, era que la señora Hoffmann era una atea convencida y, sin embargo, ella y su marido se las habían arreglado para llevar una vida feliz juntos. Me encogí de hombros con indiferencia y mi amigo pareció decepcionado por mi pobre respuesta. Inmediatamente supuse que, como yo había roto con la iglesia en Kentucky, había imaginado que la

falta de creencias de la señora Hoffmann me impresionaría. Por alguna razón, no pude evitar hablar claramente y dije: «No me interesan los ateos. El mundo está lleno de ellos. Lo que me intriga es si el doctor Hoffmann cree en Dios o no».

«¿Crees que eso puede cuestionarse?», me dijo confiado. Me miró con desdén, como si no fuera posible ser más estúpida.

Debido al hecho de que no tenía ningún respeto por él, me sentí libre para hablar de la forma más dogmática, y eso hice: «Bueno, tendrás que elegir una cosa o la otra», dije. «Si quieres ser religioso deberías abandonar todo contacto con el mundo, porque hoy en día las dos esferas ya no se mezclan. ¿Qué clase de religión es esa que está completamente al margen de nuestra vida diaria y de los principios en los que se basa nuestro comportamiento?»

Mi amigo adoptó su actitud más altiva, aunque, de algún modo, carecía de autenticidad. Supongo que creía tener aspecto de hombre sereno y santo, pero me recordaba a esa compostura profesional propia de los vendedores competentes.

«Tendré que hablar contigo sobre ello alguna vez», dijo. En ese punto habíamos llegado ya a la puerta de mi apartamento y, tras unos intentos tirantes de ser corteses, nos dijimos adiós.

Me avergoncé de inmediato porque claramente no era asunto mío disuadir a este chico y, además, era arrogante por mi parte dar por sentado que, en realidad, él, el doctor Hoffmann y los demás carecían de fe. De nuevo pensé en el doctor Hoffmann, con sus revistas liberales, su entrega a las causas radicales, y no pude por menos que concluir que no

importaba lo que creyera el hombre, el origen de sus acciones era su presunción de que somos buenos o malos en función de lo que nos toque en suerte en este mundo. Recordé su rostro agradable, serio, su generosa sociabilidad y la singular brillantez por la que se le reconocía. Al pensar en él me di cuenta de que ya había empezado a buscar una explicación a su religiosidad, que la estaba tratando como un rasgo de personalidad excéntrico, como, por ejemplo, la hipocondría. Aunque solo hacía unas pocas horas que lo conocía, no era capaz de imaginarlo de rodillas.

Pasó un mes antes de que mi amistad con los Hoffmann se consolidara. Cuando me los encontraba por casualidad en el portal, me invitaban a su casa y, al rato, me sentía completamente a gusto allí; tanto era así que me sentía más cerca de ellos que de nadie que hubiera conocido en Nueva York ese año. No era del todo extraño que nuestra amistad se desarrollara de un modo tan rápido. Aunque estaban inmersos en las habituales obligaciones sociales relacionadas con un puesto de profesor y el doctor estaba bastante ocupado con sus escritos, sus conferencias y sus comités, los Hoffmann encontraban un hueco para mí y siguieron invitándome a su casa. Descubrí varias razones para ello, y una era que el doctor Hoffmann, como muchas personas religiosas en la actualidad, no era feliz a menos que estuviera en compañía de ateos. La mayor parte de sus colegas, y casi todos sus alumnos, lo aburrían. Los estudiantes tendían a considerar su trabajo como una especie de prácticas y a menudo el doctor Hoffmann bromeaba diciendo que el seminario era como uno de esos

lugares donde se dan clases de interpretación, ya que muchos de los chicos parecían más preocupados por perfeccionar su oratoria que por aplicarse a los estudios religiosos y filosóficos. Además, yo sospechaba que echaba de menos la participación en movimientos políticos relevantes. Solía hablarme con tanta nostalgia de peleas a puñetazos entre los estudiantes nazis y antinazis en Alemania que me quedé bastante atónita. Llevaba en América desde 1936 y había tenido bastante éxito aquí, pero una no podía evitar sentir que su personalidad estaba lejos de realizarse con esta vida. Las áreas de vacío que dejó entrever me impresionaron de un modo tan profundo que me quedé fascinada con su vida privada y a menudo olvidaba la sorprendente cuestión de sus convicciones religiosas. De hecho, me resultaba difícil recordar que era creyente, pues el doctor ya no manifestaba esa diferencia crucial entre él y yo salvo por su profesión, del mismo modo que de un abogado que se aplica a sus casos se puede decir que tiene un sentido muy personal de la justicia.

Por otro lado, la razón por la que el doctor Hoffmann permitía que sus amigos ocuparan buena parte de su tiempo se debía a que era muy sociable por naturaleza. Fui cada vez más consciente de su inmensa necesidad de esparcimiento, tan consciente, de hecho, que infravaloré su otra cara hasta que oí una de sus conferencias. Como profesor, era distante y solemne, muy impresionante. Sus conferencias, como alguno de los sermones que me dio a leer, eran mejores cuando los dotaba de un aire más místico y teórico. Una vez le dije a su mujer que pensaba que su verdadero don para la redacción literaria, el tono bello y salvaje que confería a la expresión de sus pensamientos, venía de su reticencia a mencionar a Dios en ningún

sentido específico. No hizo ningún comentario a mi observación y no sé si lo entendió correctamente. Al principio acepté la cordialidad del doctor Hoffmann sin sentido crítico, hasta que empecé a notar que algo no iba bien en su relación con su mujer y su hija. Cuando yo era la única persona ajena a la casa que estaba presente, sentía algo con mucha fuerza: en verdad, el doctor Hoffmann y su esposa no se llevaban bien. Esta circunstancia era tan clara e innegable que de algún modo dejaba de ser dramática. Los Hoffmann estaban constantemente haciéndose reproches el uno al otro, pero el sarcasmo nunca se les iba de las manos lo bastante como para ser desagradable de un modo inequívoco, y creo que la mayoría de la gente pensaba que era más una prueba de su amor que lo contrario. Se habían entregado a estas curiosas y audaces regañinas durante tanto tiempo que imaginaba que habían llegado a aceptarlas como el destino inevitable de todos los hombres y mujeres sobre la faz de la tierra. La hija, Elsa, se había aliñado con la madre y siempre que estaba en la casa yo sentía una tensión extra. La situación se complicaba aún más por el hecho de que el doctor Hoffmann estaba tristemente dedicado a su hija y se sentía orgulloso en extremo de ella.

En mi fuero interno no tomaba partido en esta desigual situación doméstica entre los Hoffmann. El doctor me interesaba mucho más que su esposa, pero ella me resultaba muy agradable. A veces la consideraba un poco demasiado apacible y deseaba que tuviera más pasión y vigor. Aunque parezca mentira, estaba más viva cuando hablaba de sus dolores de cabeza y molestias físicas, ya que su intimidad con este dolor parecía ofrecerle un punto de apoyo en el mundo y sus funestas posibilidades. Con todo, no importaba lo que dijera o lo

enferma que pudiera estar, en esencia era una mujer normal y corriente carente de cualquier espíritu de rebelión que pudiera cristalizarse en alguna acción. Si era atea, ciertamente lo era en grado leve y, deduje, rehusaba participar en asuntos religiosos no porque se opusiera a su marido, sino por su incapacidad de reunir la energía mental suficiente como para tomar partido en un sentido o en el otro. Sin embargo, pese a toda su indolencia, siempre estaba desencadenando la clase de discusión que caracterizaba a la familia una vez que uno llegaba a conocerla. Las riñas, o al menos las que yo había presenciado en el pasado, carecían de sentido y eran estériles porque no cambiaban nada, no tenían función más allá de sí mismas, y nadie resultaba vencedor. Cuando me pasé por allí una tarde, me encontré con una de ellas.

El doctor Hoffmann parecía bastante cansado y más medido en sí mismo de lo que estaba acostumbrada a verlo. La señora Hoffmann, como para explicar su estado de ánimo, dijo: «Se lo ha perdido. Felix acaba de hablar con un amigo de Alemania. Estuvieron recordando a la señora Hoffmann, la madre de mi marido, y lo bien que solían pasárselo en su casa».

«¿Vive su madre?», pregunté al doctor Hoffmann.

Estaba con la cabeza en otra parte, jugueteando con su reloj, y no levantó la mirada para contestarme. Pude ver su barbilla redonda y lo imaginé como un joven fornido, trabajador y afile en Alemania. «Sí», dijo. «A uno le dan tan poca conversación. Sí, gracias a Dios que está viva.»

«Felix y su amigo sacaron todos los álbumes de fotos familiares y estuvieron hablando de cómo cantaba y de su buen humor», continuó la señora Hoffmann. «A menudo siento pena por ella. Es una buena mujer.»

El doctor Hoffmann dejó caer de repente la cabeza hacia atrás. Había tal expresión de agotamiento y opresión en su rostro —se le había torcido un lado de la boca en un breve espasmo nervioso y todavía jugueteaba con el reloj— que me maravilló su capacidad de controlar su voz. «¡Nada de hipocresías, por favor! No pensabas que era una buena mujer. Respecto a tu aflicción, ¡no soy capaz de ver dentro de tu corazón!»

De casualidad me percaté de la presencia de Elsa mientras su padre hablaba. Llevaba tiempo sentada en su silla, pasando con desgana las páginas de un libro de texto sobre su regazo. Elsa era, en todos los sentidos, una chica brillante y típicamente americana, y a veces me resultaba difícil asociarla con sus padres o algún pasado europeo. Aunque tenía la cara demasiado ancha para poder ser considerada una belleza, era fuerte y atractiva y parecía tener todas las dotes para tener éxito en la vida. Cuando la miré temblaba de ira y me dejó estupefacta que sus padres no notaran el estado en que se encontraba. Mantuvo silencio hasta que su madre, todavía con ese buen humor plano que reducía la violencia de toda emoción a la nada, dijo: «Vas a dar a nuestra amiga una impresión equivocada. Siempre me llevé bien con tu madre, en la medida en que ella lo permitía».

Y entonces, como para probar su buena fe, insistió en abrir el álbum de fotos, y, señalando la imagen de su suegra, dijo: «¡Mírela! ¿No tiene un buen tipo? Y no se puede hacer una idea de qué cabello tan bonito tiene. ¡La foto no le hace justicia!».

Como no podía ver por encima del hombro de la señora Hoffmann, no pude formarme una opinión.

«No creo que sea guapa», dijo Elsa. «Solo porque casualmente sea la madre de mi padre, ¿tengo que pensar que es guapa si no lo es?»

Elsa tenía una voz suave, tranquila y melodiosa, pero podía ser rotunda y estar llena de una rabia desorbitada en ocasiones. La personalidad de la chica estaba totalmente dividida en dos polos opuestos y nunca supe exactamente qué pensar de ella. Cuando aceptaba como definitiva la vergüenza bastante rígida que habitualmente mostraba al estar rodeada de adultos, se encargaba de desmentir mi impresión con la alarmante convicción con la que podía llegar a interpretar su papel en el mundo cuando se la provocaba.

«¡Elsa!», dijo la señora Hoffmann guiñándome un ojo. Creo, no obstante, que con esta débil exclamación pretendía echarle una reprimenda a su hija.

El doctor Hoffmann empezó a toser, pero eso no consiguió ocultar la inquietud que sentía. En su rostro se fue dibujando un ceño fruncido, y era doloroso verlo insultado y herido de esta forma por su hija. Toda su atención era para Elsa y creí que se había olvidado de su mujer o, quizá, ella había perdido toda capacidad de llegar a lo más hondo de él y por eso estaba en realidad al margen de la situación. El doctor Hoffmann se levantó y vi que se disponía a salir de casa. Supuse, por el modo automático en que lo hizo, que solía resolver los problemas domésticos desapareciendo durante un rato. Se apresuró hacia el vestíbulo y cogió su abrigo. Cuando estuvo listo para salir, se detuvo junto a mi silla y dijo: «Estoy seguro de que podrá excusarme. Quiero ir a dar un paseo».

Cuando oímos que la puerta se cerraba, la señora Hoffmann le dijo a Elsa: «¿Por qué has tenido que decir tal cosa? No te entiendo». La madre estaba tan calmada, su optimismo parecía tan inalterable, que pensé que lo que mostraba era una falta de sentimientos. En cualquier caso, estaba segura de que

no comprendía la delicada y precaria manera en que su marido se mantenía unido o hasta qué punto su hija estaba en manos de sus extremas emociones.

«Solo he dicho la verdad», dijo Elsa. «Sé lo mal que te trató su madre.» Se estaba esforzando por decir algo más y obviamente se contuvo por la reprimenda de su madre cuando era evidente que había reunido todo su coraje para ponerse del lado de la justicia: siempre del lado de su madre. «Me dijiste que cuando nació su madre fingió un ataque al corazón y que él estaba junto a su cama en vez de estar junto a la tuya.» La chica me hacía sentir incómoda y contemplé avergonzada su intensidad sin cortapisas, incluso despiadada, la cual cuestionaba, sin disimulo, a sus decorosos padres. «Eso estuvo mal, ¿no?», insistió, haciendo especial énfasis en la palabra *mal*.

«¡Bah!, ¡bah!», dijo la señora Hoffmann en tono jovial. «Siempre me dejas atónita. ¿Cómo es posible que recuerdes esa historia? De verdad, ¡es sorprendente! Yo misma la había olvidado por completo.» No había creído posible que la situación pudiera llegar a convertirse en una broma, pero eso era justo lo que estaba pasando. La señora Hoffmann sonreía y apuntaba a su hija con el dedo, como si se estuviera burlando de ella por una historia de amor infantil.

«¡Tú misma me lo dijiste!», insistió Elsa. Nerviosa, cruzaba y descruzaba los dedos como si tuviera calambres, y comprendí su frustración pese a que su temperamento me horrorizaba. Era evidente que no podía soportar por más tiempo que sus sentimientos estuvieran expuestos y se levantó, como un cruzado derrotado pero todavía poco dispuesto a colaborar. Dijo que se iba a la habitación a leer la Biblia.

Esto me pilló desprevenida, pese a que sabía que Elsa iba a la iglesia y había tenido una sólida educación protestante. Cuando nos quedamos solas, la señora Hoffmann me dijo en voz baja: «Es muy religiosa, y de un modo bastante divertido. No como su padre». Esperaba que me aclarase esto contándome algo sobre el doctor Hoffmann, pero me dejó con las ganas. Dijo simplemente que Elsa era puritana y estaba más interesada en su temor a Dios que en las enseñanzas de Cristo, y después abandonó por completo cualquier intento de distinguirlos.

Sabía qué quería decir, o al menos creí haber detectado en Elsa algunos sentimientos que yo había tenido. Mientras estábamos hablando, el doctor Hoffmann regresó y me alivió comprobar que durante el paseo se las había arreglado para recobrar la compostura. Estaba un poco sin aliento y, aunque todavía parecía abatido, sus ojos brillaban con fuerza y estaba lo bastante interesado en la conversación como para hacerme repetir lo que había dicho sobre el giro religioso de su hija. Le dije que pensaba que Elsa estaba atravesando un deprimente periodo de ascetismo protestante, que estaba buscando prohibiciones y recibiría de buen grado un tipo de disciplina más riguroso que el que su religión demandaba. No se mostró ni de acuerdo ni en desacuerdo conmigo. (La única justificación de mi análisis era mi recuerdo del entusiasmo que una vez sentí al dejar de bailar y ver películas durante un año. El goce que obtenía con mi propia pureza se intensificaba con las acciones de mis hermanas mayores, que ese mismo año cayeron en desgracia y gastaron la mayor parte de su energía en echarse novios y mantener sus noviazgos, de forma que estaban demasiado exhaustas para leer la Biblia antes de irse

a la cama. Todas mis oraciones eran por ellas, porque sabía que yo estaba *salvada*.) Por supuesto, me apresuré a añadir que solo tenía doce años en aquel momento de exaltación espiritual y que todo aquello había desaparecido de repente para no volver. El doctor Hoffmann siempre permanecía atento a las anécdotas del Cinturón Bíblico, pero sabía tan poco de esa parte de América que su interés era más antropológico que otra cosa, por eso a veces, en su presencia, sentía que me había criado en las islas Fiyi. Una vez le oí repetir una historia que le había contado sobre una prostituta que, durante una conversión temporal, dijo que su perdición se debía a una compulsión a responder cada llamada a su puerta por si el que llamaba era Jesús. Evidentemente, le divirtió mucho la descripción de esta mujer, pero no creo que comprendiera que hablaba muy en serio —o eso me había parecido cuando la oí sermonear por las calles de mi ciudad—. Supongo que realmente pensé que ella encontraba tanto sentido en la religión como el doctor Hoffmann y me desconcertaba que le pareciera cómica.

La conversación volvió a su hija, pero no hizo ninguna mención al arrebato que había tenido lugar. Su rechazo a dar más vueltas al incidente me hizo pensar que todavía no había alcanzado un punto de vista satisfactorio al respecto. Lo único importante de su relación con Elsa era que esta no le tenía en mucha estima y no se podía esperar de él que lo reconociera; en vez de eso, tenía la certeza delirante de que todo lo que la chiquilla decía estaba dictado por la razón.

Las cosas fueron a peor cuando los padecimientos de la señora Hoffmann se agudizaron hasta el punto de que tuvo que

marcharse a Arizona. Elsa estaba sencillamente histérica por la marcha de su madre, pero una vez que reconoció la inevitabilidad de la separación, se acomodó a un estado de resignación mórbida que realmente me dio escalofríos. La pobre señora Hoffmann estaba aterrorizada por su nueva aventura. No había viajado mucho por América y su sentimiento de soledad ya estaba arraigado en ella incluso mientras planeaba el viaje. Dijo, intentando reír: «Allí pensarán que soy una espía».

La despedida fue muy emotiva. En el último momento, el doctor Hoffmann sugirió astutamente a su esposa que haría bien en llevarse algunas copias de sus artículos. Logré ver los títulos de aquellos que eligió para ella, eran del tipo «Democracia y cristiandad» o «Interpretaciones americanas de Cristo». La señora Hoffmann los cogió como si fueran una especie de pasaporte, cosa que tal vez fuesen.

Sin la madre, la casa estaba en cierto modo cambiada, pero continué yendo allí con frecuencia, tal vez más a menudo de lo que debería, ya que me hizo descuidar mis estudios. Siempre que llegaba pronto a casa con la intención de quedarme en mi habitación, en cuanto estaba ya acomodada, entraba una señora para hablar conmigo. La visitante más frecuente era una mujer que quería hablarme una y otra vez del puesto tan importante que en cierta ocasión había tenido en el Ayuntamiento de Akron y la forma tan dramática en que la habían engañado para robarle el puesto. Cuando empezaba a hablar siempre me excusaba diciendo que había quedado con los Hoffmann. No había una relación real entre lo que significaba el doctor Hoffmann y el hecho de que yo viviera en medio de estas mujeres rotas y patéticas, pero descubrí que veía las dos circunstancias como dependientes la una de

la otra y consideraba el apartamento del piso inferior como una especie de rechazo a la vida que llevaba. Me obligué a creer que el doctor Hoffmann era más feliz que mis solitarias conocidas, lo que era ridículo, pues únicamente era más interesante e inteligente. La razón me decía que el consuelo de su apartamento, la presencia allí de más de una persona, no hacía que sus problemas fueran menos dolorosos. Simbólicamente, él también había perdido un buen puesto en Akron a causa de un millar de incesantes traiciones, y sin embargo las circunstancias exteriores de su existencia se ajustaban tan bien a mi ideal de la vida que se suponía que llevaba un adulto que perseveré en la idea de que su hogar se beneficiaba del hecho de que cada uno permanecía en una posición fija con respecto al otro —mujer, marido, padre, hija, etcétera—, y que estaban, de este modo, excluidos de la clase de soledad que veía a mi alrededor y a menudo sentía en mí. Obviamente el doctor Hoffmann era en buena medida de la misma opinión, porque siempre me estaba diciendo, como para asegurarme que era bienvenida: «Ah, no se quede sola allá arriba». Solía hacer un gesto circular con el brazo para indicar que en su casa había un contraste significativo con esas habitaciones del piso de arriba que estaban destinadas a un solo ocupante.

A medida que el tiempo pasaba, Elsa se volvió cada vez más ascética y, a la vez, más dictatorial con sus amigos. A menudo la oía hablar por teléfono defendiendo su creencia de que el pintalabios era obra del diablo. Se aplicaba con esmero a sus estudios, pero nada parecía aliviar su infelicidad y descontento. Lo triste era que no había forma de que la tensión entre Elsa y su padre se disipase, aunque una noche tuvo lugar una discusión que me pareció significativa, no tanto por lo

que supuso como por el hecho de que me pareció que el doctor Hoffmann había tomado conciencia de la complejidad de su propio carácter y de cómo había regido su vida familiar.

Era una noche terrible, fuera caía una nieve húmeda y desagradable. El viento soplaba furioso en Riverside Drive y Nueva York era deprimente. No había ido al apartamento de los Hoffmann en casi una semana y estaba bastante ansiosa por ver cómo iban las cosas allí. Tanto el padre como la hija parecían con el ánimo por los suelos cuando entré, y pude adivinar que Elsa estaba más callada de lo habitual y que su padre se sentía de nuevo desesperado con ella. Seguía mirándola como si le estuviera pidiendo un favor sin concretar.

«¿Cómo está la señora Hoffmann?», pregunté, pensando en la suerte que tenía de estar lejos del viento y el frío.

«Oh, se las arregla tan bien como cabía esperar», contestó de un modo solemne. «Escribe que hace mucho frío en Alemania y que no recibió el último paquete que le envié. Siempre ha sido delicada y no veo cómo podrá sobrevivir al invierno. ¡Pobrecita! Es muy duro para los muy mayores y los muy jóvenes.» Se pasó la mano por la frente y suspiró.

«Siento oír eso de su madre, pero en realidad le estaba preguntando por su esposa», dije, reconociendo mi error de inmediato.

El doctor Hoffmann, con esa ingenuidad fatídica que era a la vez su punto fuerte y su nobleza, había hablado de buena fe y no estaba preparado para la ferocidad con que su hija fue a por él. Elsa resoplaba de placer por mi comentario y debí de ofrecerle la prueba definitiva del tema que la atormentaba. Lo cierto es que no sentí antipatía por ella por lo que sucedió a continuación. No era mezquina o ruin; estaba atrapada en

la furia de sus propias emociones y en su infortunio debió de creer que estaba defendiendo a su madre, aunque en realidad supuse que su intención era cometer un acto de agresión contra su padre, castigarlo por su inocencia. «¡Quizá la primera señora Hoffmann es más importante en esta casa!», dijo, obligándose con toda la lúgubre arrogancia que había en su carácter a mirar a su padre mientras hablaba. «Siempre estás hablando de ella. No parece preocuparte cómo ahorraremos el dinero para mantener a madre en Arizona. Nunca te has preocupado por ella. ¡Ni siquiera cuando nací!» Su amable voz adolescente se había vuelto chillona y había empezado a llorar.

«¿De qué estás hablando? ¿Cuándo naciste?», preguntó su padre, totalmente desconcertado por la acusación y el tono. Se había puesto pálido, pero, como siempre, fue muy paciente con su hija.

«Sé que estabas junto a la cama de tu madre cuando nací. Ella siempre ha sido lo primero. ¡A nosotras no nos quieres ni la mitad!» Elsa había adoptado una actitud muy infantil y estaba llorando amargamente. Su padre no parecía reconocer su inmadurez más de lo que percibía la madurez poco natural que a veces mostraba. Para él era una igual. ¡La quería, y ella estaba llorando!

Justo cuando se estaba preparando para hablar con ella y calmarla, le sucedió algo raro. Apartó la mirada de Elsa, o más bien ella pareció desaparecer de su vista, y ese gesto de angustia que había visto con frecuencia en su rostro apareció de nuevo. Pensé que un escalofrío le había atravesado el cuerpo, la evidencia física de una revelación repentina que tenía enormes implicaciones para él.

«¿Por qué no se vino aquí con nosotros?», continuó Elsa desesperada. «No es nada más que una nazi. Preferiría morir que salir de Alemania. Es increíble que no te quedaras allí, porque nunca has sido feliz lejos de ella.»

Con gran esfuerzo su padre volvió a prestarle atención. «¿Qué estás diciendo? ¿Qué estás diciendo?», repitió. Por un momento parecía albergar la esperanza de que pudiera negar lo que había dicho, pero tuvo que abandonarla. Imaginé que ya sabía que nunca podría olvidar las palabras de Elsa pasara lo que pasara: esta vez había llegado muy lejos en su comprensión de sí mismo.

El veneno de Elsa se consumió rápidamente, como si, en el preciso instante en que su padre se tambaleaba bajo una carga emocional enormemente elevada, se hubiera quedado hueca y vacía con el agotamiento de su liberación. Apenas le quedaba aliento para llantos y gimoteos, y para decir: «Lo siento». Después se marchó deprisa y en silencio a su habitación y cerró la puerta tras ella.

Estaba deseando irme y me aliviaba que el doctor Hoffmann me hubiera ignorado. Era un hombre tan apasionado que sus sentimientos podrían mantenerlo apartado del mundo, y se sentó allí, frunciendo la comisura de sus labios, moviendo la cabeza, conteniendo las lágrimas como si estuviera solo. Me levanté y fui de puntillas hacia la puerta, pero él me detuvo. «¿Supone que es cierto?», preguntó. No ofrecí respuesta alguna, pero pude distinguir por la desesperación de su voz que había contestado a su propia pregunta.

«Buenas noches, doctor Hoffmann», dije de la forma más relajada que pude. No parecía escucharme, y, mientras cerra-

ba la puerta, le oí decir en voz muy baja: «Madre, ¡libérame! ¡Libérame!».

De vuelta en mi habitación me sentí culpable por el doctor Hoffmann. Esperaba sacármelo de la cabeza, pero descubrí que, pese a mis buenas intenciones, estaba intentando recomponer su vida y encontrar una respuesta a la cuestión de su fe religiosa. Me parecía un caso bastante claro. Este hombre abatido estaba luchando hasta lo más profundo de su ser con una situación real, una que lo había marcado y herido desde mucho antes de que tuviera edad de conocer a Dios, la teología o la filosofía. No había duda de que la vida del doctor Hoffmann había estado dominada por su madre y, como su progenitor rara vez había sido mencionado, parecía razonable suponer que no había tenido una figura paterna en el sentido afectivo más necesario y vital. Y, continuaba, este vacío que perdura en sus sentimientos y experiencias lo había llevado, en un momento en que la mayor parte de sus contemporáneos aceptaban el punto de vista contrario, a buscar su realización en un Padre Celestial.

Antes de irme a la cama, miré por la ventana. Había dejado de nevar y Riverside Drive estaba prácticamente desierta, a excepción de los autobuses que pasaban de vez en cuando. Mientras estaba ahí, vi al doctor Hoffmann paseando. Reconocí su porte, y cuando se detuvo para cruzar bajo la farola, logré ver su rostro, pero no tuve una visión lo bastante clara para saber de qué humor podía estar. Al reconocer de nuevo la existencia física del doctor Hoffmann —ahí estaba, debajo, caminando solo, respirando, pensando, tal vez sufriendo—, no me convencieron las cábalas que había estado haciendo para poner orden en su personalidad. ¿Qué bien me hacía saber

que estaba, como se suele decir, buscando a un padre? No disponía de los detalles específicos de su experiencia, y aunque lo hubiera conocido de toda la vida, nunca habría podido estar segura de mis especulaciones.

No mucho tiempo después me encontré con el joven de Kentucky en la calle y se mostró muy distante conmigo. Eso no era ninguna sorpresa, ya que nunca habíamos profanado nuestro desprecio mutuo, excepto aquella tarde en casa de los Hoffmann, y aquello fue, en su caso, como una borrachera breve pero violenta de la que no podía responder. De nuevo, nos vimos obligados a reconocer las enormes diferencias en nuestro temperamento, divergencias que se habían puesto de manifiesto desde hacía mucho, mucho tiempo. Me conocía, lamento decir, por lo que yo había sido en la universidad: la atea del pueblo y la fan de Stalin. (No sabía que me había arrepentido respecto a Stalin, aunque no sobre Dios.) Siempre me había resultado tedioso de un modo insoportable, pero, en honor a la verdad, supongo que podría haber soportado su insulsez de no haber sido por su devoción. Ahora era un alivio volver a este disgusto mutuo habitual y de algún modo sentí que hoy era más auténtico de lo que había sido en casa de los Hoffmann. Apenas habíamos intercambiado una palabra antes de que percibiera que él también había renegado del doctor Hoffmann y que su coqueteo con el liberalismo había acabado en un desagradable desencanto. Por raro que parezca, pronto empecé a ver que su principal decepción con el doctor Hoffmann giraba en torno al hecho de que el doctor y yo nos lleváramos tan bien. Al principio esto me resultó

difícil de aceptar, aunque mi amigo siempre había tomado decisiones importantes influenciado por los prejuicios más irrelevantes. No estaba interesado en mí porque yo no tenía nada que ver con él, pero creo que inconscientemente exigía que mi falta de fe en los principios por los que se regía el entendimiento del mundo del doctor Hoffmann nos hubiera distanciado. El hecho de que hubiéramos seguido siendo amigos parecía decirle más sobre el doctor Hoffmann que sobre mí, y tal vez tuviera razón.

Me preguntó: «¿De qué hablas con el doctor Hoffmann?, ¿de religión?».

«¿De religión? Nunca hemos tratado ese tema en serio.» No podía explicarlo, pero era verdad. «Hablamos sobre todo de política y de la gente.»

«¿Todavía dudas de que el doctor Hoffmann crea en Dios?»

«Desde luego», dije, «pero no es más que una opinión personal.»

Mi amigo me dirigió una tímida sonrisa y se marchó. Me sentía bastante enfadada con él, aunque supongo que la cruda realidad era que los dos estábamos enfadados con el doctor Hoffmann. Mi amigo y yo sabíamos qué posición manteníamos con respecto al otro, pero ninguno de los dos tenía una idea clara sobre el doctor. De repente estaba cansada de mis investigaciones sobre el problema de su fe religiosa, a pesar de que no creía que hubiera tenido éxito del todo. Estaba ese triste asunto de su madre y nada de lo que él pudiera decir o hacer cambiaría el hecho de que su pasado y su presente estaban cubiertos por su sombra ominosa e insaciable. Tal vez de un modo ilógico, el que supiera que el doctor Hoffmann era partícipe de este desajuste entre sus dos épocas hizo que

lo bajara del pedestal y me dio el valor para afirmar una vez más mi convicción de que él no podía acercarse a Dios o pensar en Cristo como Su hijo más de lo que podía hacerlo yo... ¿O acaso sí podía?

Supongo que no se puede saber la verdad. Estas cosas son inexplicables, pero al describirlas en estos términos no pretendía ni por un momento confirmar categóricamente su fe. Eso era algo que mi mente se negaba obstinadamente a hacer; todas mis observaciones apuntaban, más bien, a lo contrario.

1946